

«Intimo, dice Danton con voz imperiosa á todos los buenos ciudadanos, que no dejen su puesto. (Todos los miembros se sientan guardando el mas profundo silencio.) Ciudadanos, dijo, ¿podreis separaros sin adoptar las grandes medidas que exige la salvacion de la república? Conozco cuán importante es tomar medidas judiciales que castiguen á los contra-revolucionarios, porque para ellos es necesario el tribunal, y este debe suplir al tribunal supremo de la venganza del pueblo. Arrancadlos vosotros mismos á la venganza popular, la humanidad os lo manda y nada es mas difícil que definir un crimen político; pero ¿no es necesario que las leyes extraordinarias fuera de las instituciones sociales aterren á los rebeldes y alcancen á los culpables? Ahora la salvacion pública exige grandes medios y medidas terribles, y no veo medios entre las formas ordinarias y un tribunal revolucionario: seamos terribles para que el pueblo no sea cruel. Organicemos un tribunal, no bien, porque esto es imposible, sino lo menos mal que se pueda, á fin de que la espada de la ley caiga sobre la cabeza de los enemigos. Concluida esta grande obra, os recuerdo las armas, los comisionados que debeis hacer marchar y el ministerio que debeis organizar. Llegó el momento; seamos pródigos de hombres y dinero. Tened cuidado, ciudadanos, vosotros respondéis al pueblo de nuestros ejércitos, de su sangre y de sus asignados. Pido, pues, que se organice el tribunal sin levantar la sesion. Pido que la Convencion juzgue mis razones y desprecie las calificaciones injuriosas que se atreven á darme: esta noche organicese el tribunal revolucionario, organicese el poder ejecutivo y mañana el movimiento militar; mañana deben haber marchado ya vuestros comisarios; levántese la Francia entera, corra á las armas y marche al enemigo, invádase la Holanda y sea libre la Bélgica; arruinense el comercio inglés, triunfen los amigos de la libertad en este país,

lleven nuestras armas victoriosas la libertad y la dicha á todos los pueblos y quede vengando el mundo.»

XIX.

Parecia que el corazon nacional de la Francia latia en el pecho de Danton. Sus palabras resonaban en las almas, como el paso de carga de los batallones sobre el suelo de la patria. Bajó de la tribuna en brazos de sus colegas de la Montaña, y por la noche fué definitivamente decretado el tribunal revolucionario. Cinco jueces y un jurado nombrados por la Convencion, un acusador público nombrado tambien por ella; la muerte y la confiscacion de los bienes en beneficio de la república, tal era aquel tribunal de Estado, única institucion capaz, segun se creia, de defender en semejantes momentos la república contra la anarquia, la contra-revolucion y la Europa. La Convencion, resumen del pueblo, todo lo llamaba á sí, hasta la justicia, uno de los atributos de la suprema soberania. El arma que empuñaba en el peligro podia ser ó saludable ó funesta, segun el uso que se hiciese de ella: sino se hubiera tratado mas que de cubrir las fronteras, la seguridad de los ciudadanos y su propio poder, esta arma podia salvar á la vez la nacion y la libertad; pero si se entregaba á los partidos para destruirse mutuamente, perdía y deshonoraba la revolucion. Los girondinos no se atrevieron á rehusar aquella medida á la impaciencia pública y á la urgencia de la necesidad. Por una burla estraña de las cosas humanas, Barrere que se negaba á aquella ley, debía ser el que hiciese de ella el mas sangriento uso, y Danton que la pedia debía entregarle su cabeza. La víctima forjaba la cuchilla, y el sacrificador la rehusaba.

Sublevado el pueblo por el peligro público y por el comité de insurrección, sitiaba aun la Convención: se fraguó un mero proyecto de degollar los girondinos en su casa en un conciliábulo del arrabal de Saint-Marcelo. Danton que sabía por sus agentes aquellas tramas urdidas y desechas á voluntad suya, hizo advertir á los amenazados para que por segunda vez abandonasen sus casas. Intimidaba con una mano y protegía con la otra; se proporcionaba apoyos, esperanzas y reconocimientos en los tres partidos, quería ser necesario y terrible para todos á la vez; él solo impedía el choque entre la Gironda y la Montaña; decidiéndose él estaba decidida la victoria.

Pero aquella superioridad de la actitud de Danton ajaba el orgullo de los girondinos; respondían á sus propositos con desprecios, perseguían á Robespierre hasta en su silencio, atribuían á estos dos hombres toda la demencia de Marat y todos los delirios de la anarquía: casi disculpaban á Marat para que cayese todo su odio sobre Danton y Robespierre. «Marat, decía Isnard en la tribuna: no es la cabeza que concibe sino el brazo que ejecuta; es el instrumento de los hombres pérfidos que se burlan con destreza de su sombría credulidad y envenenan sus disposiciones naturales, que ven todos los objetos bajo colores funebres, le persuaden lo que ellos quieren, y le hacen ejecutar lo que les agrada: cuando han acalorado su fantasía, este hombre divaga y delira cuando ellos quieren.

Los miembros de aquel partido reunidos en junta en casa de Roland, se decidieron al fin á aprovecharse de la indignación que la insurrección del pueblo contra la Convención acababa de excitar entre los ciudadanos de

París, para reconquistar un ascendiente que se les escapaba. Vergniaud, que callaba hacia mucho tiempo, cedió á las instancias de sus colegas, y preparó un discurso para pedir venganza á la opinión de los puñales de Marat. Pero ya se había introducido la división en la facción de la Gironda. Vergniaud, amado y admirado de todos los girondinos, no manifestaba ya la política de su partido; afectaba el papel de moderador, y de este modo se acercaba á Danton. No había entre estos dos hombres que se tocaban, mas que la sangre de setiembre. Vergniaud habló de este modo.

«Cercado sin cesar por la calumnia, me he abstenido de subir á la tribuna, mientras creí que mi presencia podría excitar las pasiones, y que no podía llevar á ella la esperanza de poder ser útil á mi país; pero hoy que estamos todos, al menos yo lo creo así, reunidos por el sentimiento de un peligro que se hizo recíproco; hoy que toda la Convención nacional se halla en el borde de un abismo, al cual, el menor impulso puede precipitarla para siempre con la libertad, hoy que los emisarios de Calígula no solo se presentan á las puertas de Roma, sino que tienen la insolente audacia de venir hasta este recinto á desplegar los signos de la insurrección, no puedo guardar un silencio que sería una verdadera traición. Diré la verdad sin temor de los asesinos, porque estos son cobardes y sé defender mi vida contra ellos.» Después de haber recordado los atentados á la propiedad en los meses de febrero y marzo, continúa: «Así, de crímenes en amnistia y de amnistia en crímenes, un gran número de ciudadanos ha venido á confundir los motines sediciosos con las insurrecciones contra la libertad. Se ha visto desarrollarse este extraño sistema de libertad segun el que se os dice: sois libres, pero pensad como nosotros, ó si no os denunciamos á la venganza del pueblo; sois libres, pero inclinad la cabeza ante el idolo á quien quemamos incienso, ó si no os denunciamos á la venganza del pueblo; sois

libres, pero reuniros á nosotros para perseguir á los hombres, cuya probidad y conocimientos tememos, ó si no os denunciaremos por medios ridiculos á la venganza del pueblo.

«Entonces, ciudadanos, ha sido permitido temer que la revolucion, como Saturno, devorase sucesivamente todos sus hijos.

«Una parte de los miembros de la Convencion nacional ha mirado la revolucion como concluida desde el dia que la Francia ha sido constituida en república, desde entonces he creido que convenia contener el movimiento revolucionario, devolver la tranquilidad al pueblo, y hacer pronto las leyes necesarias para que esta fuese durable; otros miembros, al contrario, alarmados por los peligros con que la coalicion de los reyes nos amenaza, han creido que importaba perpetuar la efervescencia. La Convencion tenia un gran proceso que juzgar: unos han visto en la apelacion al pueblo, ó en la simple reclusion del culpable, el medio de evitar una guerra que iba á hacer darramar arroyos de sangre, y un homenaje solemne tributado á la soberania nacional. Otros han visto en aquella medida un germen de guerras intestinas y una condescendencia por el tirano; ellos han llamado á los primeros realistas, y los primeros han acusado á los segundos de que se mostraban tan ardientes en hacer caer la cabeza de Luis para colocar la corona sobre la frente de un nuevo tirano. Desde entonces, el fuego de las pasiones se encendió con furor en el seno de aquella asamblea, y la aristocracia, no poniendo limites á sus esperanzas, concibió el infernal proyecto de que la Convencion se destruyese por sí misma: la aristocracia dijo: inflamemos aun mas los odios, hagamos de modo que la Convencion nacional sea ella misma el cráter ardiente de donde salgan las espresiones sulfurosas de conspiracion, traicion, contra-revolucion, y nuestro odio hará lo demas; y si en el movimiento que escitemos parecen algunos miem-

bros de la Convencion, presentaremos despues á la Francia á sus colegas como asesinos y verdugos.» Despues de denunciar todos los hechos que revelaban un plan de insurreccion y de asesinato en los dias del 9 y 10 de marzo. «Ciudadanos, continuó Vergniaud, tal es la profundidad del abismo que se habia abierto bajo nuestros pasos. ¿Al fin ha caído la venda de vuestros ojos? ¿Habreis aprendido á reconocer los usurpadores del título de amigos del pueblo?

«Y tú, pueblo infortunado, ¿serás aun por mas tiempo el juguete de los hipócritas que prefieren obtener los aplausos que merecerlos? ¡Los contra-revolucionarios te engañan con las palabras de libertad y de igualdad! Un tirano de la antigüedad tenia una cama de hierro, donde hacia estender á sus victimas, mutilando á las que eran mas grandes que la cama, dislocando dolorosamente á las que lo eran menos para que llegasen al nivel: este tirano amaba la igualdad; ahí tienes la de los malvados que te desgarran por su furor. La igualdad para el hombre social es sola la de los derechos; no es la de las fortunas como no lo es la de las estaturas, de las fuerzas, del talento, de la actividad, de la industria y del trabajo: lo demas es la licencia, que se presenta con la máscara de la libertad, y tiene, como los falsos dioses, sus druidas que quieren alimentarla de victimas humanas. ¡Ojalá sufran estos sacerdotes crueles la suerte de sus antecesores! ¡ojalá la infancia selle para siempre la piedra afrentosa que cubra sus cenizas!

«Y vosotros, colegas míos, ha llegado el momento: al fin es necesario optar entre una energia que os salve, y la debilidad que pierde todos los gobiernos; si desmayais, juguete de todas las facciones, victimas de todos los conspiradores, seréis bien pronto esclavos. Ciudadanos, aprovechemos las lecciones de la esperiencia, podemos trastornar los imperios con victorias; pero no haremos revoluciones en los pueblos sino con la perspectiva de nuestra

felicidad. Si queremos derribar los tronos, probemos que sabemos ser felices con una república; si nuestros principios se propagan con tanta lentitud en las naciones estrangeras, es porque su brillo se ha empañado con sofismas, con movimientos tumultuosos, y sobre todo con un crespon ensangrentado. Cuando los pueblos se prosternaron por primera vez delante del sol para llamarle padre de la naturaleza ¿creis que estaria cubierto por las nubes destructoras que llevan consigo las tempestades? Sin duda que no: radiante de gloria avanzaba entonces en la inmensidad del espacio y derramaba sobre el universo la fecundidad y la luz.

«Pues bien, disipemos con nuestra firmeza estas nubes que cubren nuestro horizonte político; anonademos la anarquía no menos enemiga de la libertad que el despotismo, fundemos esta sobre las leyes y una constitucion sabia, y pronto vereis caer los tronos, romperse los centros, y los pueblos tendiendonos los brazos, proclamarán con gritos de alegría la fraternidad universal.»

Este discurso elocuente que proporcionó aplausos al orador, no produjo mas que un vano eco que agitó el alma de la asamblea, sin imprimirla ninguna direccion.

Marat siguió al orador de los girondinos. El cinismo de su aspecto en la tribuna manifestaba claramente cuanto despreciaba aquella elocuencia, y que no aspiraba á poseerla.

«No me presento, dijo, con discursos floridos, y frases parásitas para mendigar aplausos, sino con algunas ideas luminosas, á propósito para disipar la vana charlatanería que acabais de oír. Nadie se duele mas que yo al ver aquí dos partidos, de los que uno no quiere salvar la revolucion, y el otro no sabe salvarla.» Concluidas estas palabras prorumpen en aplausos en la sala las tribunas, como para internar en el alma de los girondinos el dardo que Marat acaba de lanzar: éste señala con la mano el banco de Vergniaud y de sus amigos.

«Aquí dice, están los hombres de Estado, y no digo que su estravio sea un crimen, pues solo detesto á sus gefes; pero está probado que los hombres que han apelado al pueblo, querian la guerra civil; y que los que han votado por la vida del tirano, votaron por la conservacion de la tiranía. Ademas no soy yo quien los persigue, es la indignacion pública. Me opongo á la impresion de un discurso que llevaria á los departamentos el cuadro de nuestras disensiones y de nuestras alarmas.» La Asamblea, dividida ya en dos mitades iguales, queriendo cada una de ellas borrar la victoria para no parecer vencida, votó á la vez que se imprimiese el discurso de Vergniaud y tambien el de Marat. Semejante aprobacion se parecia de tal modo á la injuria, que Vergniaud ofendido declaró, que su improvisacion se habia borrado de su memoria.

XXI.

En esta época, Danton tenia frecuentes conferencias con Guadet, Gensonné y Vergniaud; se inclinaba evidentemente hácia el partido de aquellos hombres, cuyas luces, elocuencia y costumbres prometian á la república un gobierno menos anárquico en lo interior y mas imponente en lo esterior. Su conducta con este partido se resentia todos los dias mas de aquellas disposiciones secretas. Atacado sin cesar por Brussot, Valacé, Louvet, Barbaroux, Isnard y Buzot, y por todos aquellos jóvenes girondinos, á quienes dirigia la virtuosa indignacion de Roland, inflamada por la cólera de su esposa, Danton sufría en silencio sus insinuaciones contra él, aparentaba no oírlas, y nunca respondia, fuese magnanimidad ó prudencia, contenia su ardor y no cesaba de rehusar el combate, que los imprudentes de la Gironda no dejaban de ofrecerle. De dia en dia, desplegabam mas Danton el

genio de un diplomático. Hombre de acción sobre todo, daba á los girondinos el poder de voluntad y de unidad que les faltaba: tenía el corazón del pueblo, del que Vergniaud y sus amigos solo tenían el oído, y hubiese dado las masas á los girondinos, que tenían ya de su parte á los propietarios: unidos hubieran comprimido la anarquía en el corazón de la Francia, sublevándola y lanzando la revolución mas allá de las fronteras. Danton tenía el instinto de aquella misión, y lloraba amargamente la obstinación de los amigos de Roland en alejarse de él. «Su odio contra mí los pierde y me perderá quizás á mí despues,» decía á los mediadores entre aquellos y él: «Insensatos, no saben lo que rechazan!» Pero á pesar de los pasos que intentaban con frecuencia los moderados de la Gironda, la reconciliación fracasaba siempre. El pasado de Danton esterilizaba su genio, su complicidad con los ejecutores de setiembre le perseguía, y perseguía en él á la república.

XXII.

En esta época fué cuando á propuesta de Isnard se instituyó el primer comité de salud pública, cuyos miembros fueron nombrados con imparcialidad. Eran Dubois-Crancé, Petion, Gensonné, Guyton de Morveau, Robespierre, Barbaroux, Ruhl, Vergniaud, Fabre de Eglantine, Buzot, Delmas, Guadet, Condorcet, Breard, Camus, Prieur (de la Marne) Camilo Desmoulins, Barrere, Quiñette, Danton, Sieyes, Lasource, Isnard, Cambacérés y Juan Debry. Los suplentes eran: Treilhard, Aubry, Garnier (de Saintes), Lindet, Lefébre, Laréveillère-Lepaux, Ducos, Sillery, Lamarque y Boyer-Fonfrède. Las fuerzas de los partidos se balanceaban. Un aumento de energía caracterizó los actos del gobierno y de la municipali-

dad durante aquel corto periodo de conciliación. El peligro de la patria inclinaba todos los pensamientos á la guerra. En París se tocaba á rebato, los tambores llamados, y las secciones corrían á las armas: Santerre estaba á la cabeza de dos mil ciudadanos armados; la Convención mandaba, el comité de salvación pública dirigía: la municipalidad hacia visitas domiciliarias para arrestar los conspiradores, desarmar los aristócratas, desterrar de la capital á los nobles, los clérigos y los sospechosos. El tribunal revolucionario principiaba á tener sus sesiones y pronunciar sus primeros fallos. El instrumento de los suplicios se levantaba en la plaza de la Revolución, como una institución complementaria de la república; pero los girondinos separaban el cuchillo de la cabeza de los emigrados y de los aristócratas, y no se atrevían á herir á sus verdaderos enemigos.

XXIII.

Madama Roland desesperaba de la libertad, desde que habían alejado á su marido. Las frias teorías de Robespierre helaban su corazón, y los andrajos de Marat ofendían su vista. Encerrada en su soledad, se preguntaba ya si el ideal de la revolución que ella había soñado, era una de esas ilusiones del alma, que engañan con perspectivas seductoras las imaginaciones deseosas del bien, y que se disipan al intentar tocarlas. Hubiérala sido dulce morir antes del desencanto. El ardor de la lucha y la grandeza de su valor habían sostenido su alma mientras que su esposo estaba en el poder; pero ahora la actividad de su pensamiento se volvía contra ella misma y la devoraba. La ingratitud del pueblo se anticipaba á la gloria, y de todas las promesas de la república no había visto realizarse mas que las ruinas y los crímenes. La

calumnia, que se encarnizaba en ella, la asustaba mas que el cadalso. Habia conservado sus amigos Barbaroux, Petion, Louvet, Brissot y Buzot. Se preparaba á marchar de París y á retirarse de nuevo con su esposo y su hija á su casa de Beaujolais.

Mas no era únicamente por huir del ruido amenazador que sus enemigos hacian en torno de su nombre, por lo que queria ocultarse en sus montañas, sino por huir de sí misma. Los peligros que corrían sus amigos la revelaban la fuerza con que los apreciaba. Casta, como las estatuas de la antigüedad de que habia hecho su modelo, temió profanar en su alma, por el fuego de un amor vulgar, la llama pura y sobrenatural de la libertad. Resolvió alejarse, pues tenia aun mas necesidad de su propia estimacion que de gloria. Quería ofrecer á la muerte una victima sin mancilla.

Pero la agitacion del momento, las cuentas que Roland tenia que dar de su administracion, los peligros que aumentaban todos los dias, suspendian aquella marcha de semana en semana. Su alma, dividida entre su piadoso culto por Roland, su amor por su hija, las inquietudes por sus amigos, la vigilancia por sus sentimientos, y su dolor por los males de la patria, sufría á la vez todas las angustias de la esposa, de la madre y del gefe de partido. Conocía á su vez la amargura del odio del pueblo, el veneno de la calumnia, la indiferencia del hogar conyugal, las alarmas nocturnas por la vida de un esposo y de sus hijos; y todas esas angustias no habia sabido compadecerlas en la reina. Su casa, oculta en una sombría calle de un barrio del Panteon, encerraba tantos disgustos y gemidos como un palacio.



LIBRO TREINTA Y NUEVE.

Danton y Robespierre.—Segundas nupcias de Danton.—Danton acusa á los girondinos.—Robespierre pide su enjuiciamiento.—Vergniaud se defiende.—Contesta Danton.—Marat.—Teorias de Robespierre.—Apreciaciones.

I.

Los acontecimientos se sucedían rápidamente como una fortuna que se desmorona. La influencia de los girondinos en los departamentos, sostenida con artificio por los diarios pagados por Roland, crecía todos los dias: los peligros de la patria inclinaban al pueblo hácia los partidos extremos. Los comisionados de la Convención corrían de ciudad en ciudad, instalando ó destituyendo á capricho, las autoridades locales, unas del partido de los jacobinos, otras del de la Gironda. Bourdon de l'Oise, comisionado en Orleans, donde predicaba las doctrinas de Robespierre, y reemplazaba la municipalidad moderada con otra jacobina, recibió veinte bayonetas en la sala del ayuntamiento. Recogido y puesto en salvo por los demagogos, envió sus asesinos á París al